

DESCORRIÉNDOLE UN TELÓN AL CORAZÓN

PEDRO LEMEBEL: *DE PERLAS Y CICATRICES*

Ángeles Mateo del Pino

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

La constelación del “delito” en literatura no sólo nos sirve para marcar líneas y tiempos, sino que nos lleva a leer en las ficciones la correlación tensa y contradictoria de los sujetos, las creencias, la cultura, y el estado. Y en una cantidad de tiempos, porque las creencias culturales no son sincrónicas con la división estatal, sino que arrastran estadios o temporalidades anteriores y a veces arcaicas.

Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual* (1999).

Si pudiera leerse este texto acompañado de una melodía de fondo propondría, para empezar, el tango “La última curda” (1956), letra de Cátulo Castillo y música de Aníbal Troilo¹. De esta forma podría entenderse ciertamente que comience diciendo aquello de... *Un poco de recuerdo y sinsabor gotea el rezongo* que Pedro Lemebel nos ofrece siempre bajo el retazo escritural de sus crónicas. *Recuerdo* y *sinsabor* son dos palabras claves a la hora de enfrentarnos a la producción textual de este autor, pero tal vez adquieran más sentido o un sentido más vigente si nos detenemos a analizar su obra *De perlas y cicatrices* (1998)².

No resulta gratuito –nada en Pedro Lemebel lo es– que este escritor haya elegido para “enmarcar” y “subrayar” estas crónicas la imagen, tan poética como efectiva, de

¹ Vid. Gobello, José, *Letras de tango. Selección (1897-1981)* Buenos Aires: Centro Editor de Cultura Argentina, 1999, pp. 273-275.

² Lemebel, Pedro, *De perlas y cicatrices. Crónicas radiales*. Santiago de Chile: LOM Ediciones (Col. Entre Mares), 1998 (1ª ed.).

perlas y cicatrices. Porque si algo logra este título es el de ponernos sobre aviso o prepararnos para enfrentar una escritura que, basada en la experiencia personal, se configura en un collar-herida que va dando cuenta de la historia reciente de Chile. Aviso que se ve reforzado por la performance que nos regala Pedro Lemebel como foto de portada³, en la que sobre un torso desnudo y rasurado se muestra una serie de maquinillas de afeitar engarzadas como adorno puesto alrededor del cuello. De esta manera lo “utilitario” y “peligroso” se ve transformado en elemento meramente decorativo. Pero, aun cuando este ornamento es capaz de transmitir por sí solo una suerte de desconcierto, la desazón se ve incrementada por esa sola boca cerrada que corona la gargantilla y que funciona como contrapunto al decir de las maquinillas... Pero entonces cabe esperar, como así lo hará, que Pedro Lemebel abra su boca y vaya desgranando una a una las cuentas de ese collar para arremeter, crónica en mano, contra todos aquellos que han hecho con sus “perlas” un rosario de cicatrices para otros.

Esta es la historia que nos presenta Pedro Lemebel. Una historia llena de pequeñas historietas, de recuerdos, de vivencias y anécdotas cotidianas, que se suman hasta formar un entramado más complejo, un cuerpo social que es cifra de una cultura, un tiempo, un espacio... Tras las huellas de personajes y situaciones se nos va configurando un sujeto colectivo que es el Chile actual. Un Chile que aún se duele de las heridas de un pasado que no ha terminado de supurar. Pasado cuya memoria se ha hecho más viva durante los últimos meses en los que se ha conmemorado el trigésimo aniversario del golpe de Estado contra Salvador Allende, acaecido el 11 de septiembre de 1973. Si como decía Gardel, “veinte años no es nada”, al parecer tres décadas tampoco resultan una garantía para el olvido. Porque sin duda es verdad eso de que “el tiempo pasa y nos vamos haciendo viejos” –susurra melódico Pablo Milanés–, pero no lo es menos aquello que poetizaba Antonio Machado, “Todo pasa y todo queda, pero lo nuestro es pasar”. Pasar y quedar, que “**NO OLVIDAR**”. Así estas crónicas devienen estrategia discursiva a través de la cual Pedro Lemebel fuerza a recordar y para ello hurga en esa cicatriz abierta que sigue siendo el Chile de nuestros días. Escritura que acaso cartografía algunos mapas de ese largo país con *una loca geografía*, tal como lo describiera Benjamín Subercaseaux⁴, o parte de ese “cuerpo” o “bulto patrio”, como lo denominara Gabriela Mistral⁵. Pero lo que nunca pretende es devolvemos esa otra visión idílica que convierte a Chile en “la copia feliz del Edén”⁶.

³ Performance de Pedro Lemebel y fotografía de Paz Errázuriz.

⁴ Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1995 (11ª ed.). Esta obra fue publicada originalmente por Empresa Ercilla, S.A., Santiago de Chile, 1940.

⁵ Mistral, Gabriela, “Contadores de patrias”, Prólogo a Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, op. cit., p. 9. Este texto aparece fechado el 27 de febrero de 1941, en Petrópolis, Brasil.

⁶ El himno nacional chileno, versión de 1847 que ha llegado hasta nuestros días, letra de Eusebio Lillo y música de Ramón Carnicer, dice en su V estrofa: “Puro, Chile, es tu cielo azulado, // puras brisas te cruzan también, // y tu campo de flores bordado // es la copia feliz del Edén”. Vid. “Símbolos patrios. El himno nacional”, en http://www.terra.cl/turismo/especiales/18/sp_himno.cfm (consultado el 31/10/2003).

Por tanto, el itinerario que nos marca Pedro Lemebel es más bien un recorrido por el dolor, una incursión por las lastimaduras, con el único objetivo de renovar las llagas de ese pasado-presente que abarca las tres últimas décadas, a costa de que con ello se levanten las costras que algunos se han empeñado en ocultar. Sin duda es una forma diferente de aludir a las señas de identidad chilena; esa otra chilenidad que no pasa por hacer del cronista un amable “contador de patria”. En este sentido, nos parece oportuno traer a colación la elocuente reflexión que, a propósito de esos “contadores”, hiciera Gabriela Mistral:

“Pero, ¿dónde iríamos a parar si viviésemos atollados en el plasma oleaginoso de la complacencia o si acabásemos por asfixiarnos, embetunados en la glosura pegajosa que es la autoadulación patriotera? [...] la pasión patria es una terrible presión ejercida por algunos a fin de que la calidad salte de un territorio y de una raza”⁷.

Lejos quedan, pues, estas crónicas de la festiva y facilona “autoadulación patriotera”, porque si algo caracteriza el registro literario de Pedro Lemebel es el carácter ácido, a la vez que apasionado, de una escritura que se resiste constantemente a ese “blanqueo de Chile” que, como advierte Tomás Moulian, se materializa en la “compulsión al olvido” y el “bloqueo de la memoria”. De esta manera, nuestro escritor, desoyendo esa “necesidad socialmente modelada [que] no encuentra con frecuencia las palabras”⁸, elabora un discurso que, al contrario de restarle sentido al pasado, indaga en él para llamar a las cosas –y a las personas– por sus propios nombres.

Por todo ello, *De perlas y cicatrices* se erige en la constatación de un “delito”, el delito que conlleva implícito el olvido, porque será precisamente la fragilidad de la memoria la que imposibilite la integración del pasado y el presente chilenos. Éste es, pues, el instrumento crítico del que se vale Pedro Lemebel para trazar límites, para diferenciar, pero, sobre todo, para marcar lo que la historia y la cultura chilenas han excluido. Así, parafraseando lo apuntado anteriormente por Josefina Ludmer, estas crónicas se convierten en un “cuerpo del delito”, huellas de un pasado a través de las cuales podemos “leer” la correlación tensa y contradictoria de sujetos, creencias, cultura y Estado⁹. La suma de todas estas relaciones deviene identidad, claro exponente de que lo que queda es parte de lo que ha sobrevivido, pero también de lo que ha quedado relegado al olvido. No resulta extraño, por tanto, que en una entrevista que se le hiciera a Pedro Lemebel, justo en el momento en el que se encontraba elaborando *De perlas y cicatrices*, manifestara que este libro “tiende a reflotar [esas] odiosidades,

⁷ Mistral, Gabriela, “Contadores de patrias”, en *op. cit.*, pp. 15-16.

⁸ Moulian, Tomás, “Páramo del ciudadano”, en *Chile actual: Anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM Ediciones / ARCS Universidad (Col. Sin Norte. Serie Punto de Fuga), 1997 (7ª ed.), pp. 31-32.

⁹ Ludmer, Josefina, *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Libros Perfil, S. A., 1999, p. 15.

tiende a refrescar la memoria”¹⁰. Objetivo que se materializa desde las primeras páginas de esta obra:

“Este libro viene de un proceso, juicio público y gargajeado Nuremberg a personajes compinches del horror. Para ellos techo de vidrio, trizado por el develaje póstumo de su oportunista silencio, homenajes tardíos a otros, quizás todavía húmedos en la vejación de sus costras. Retratos, atmósferas, paisajes, perlas y cicatrices que eslabonan la reciente memoria, aún recuperable, todavía entumida en la concha caricia de su tibia garra testimonial”¹¹.

Con esta finalidad, la de recordar, pero también denunciar, descubrir y reparar, Pedro Lemebel se aprovecha, una vez más, de la riqueza discursiva que le ofrece el género de la crónica. Una escritura que, al traspasar constantemente las tradicionales fronteras genéricas, escapa a cualquier definición unívoca, de ahí que se la haya denominado híbrida, mestiza, bastarda o permeable, pues en ella caben los más diversos registros¹². Pero dejemos que sea el propio Pedro Lemebel el que nos ofrezca su particular visión:

“Yo digo crónica por decir algo, quizás porque no quiero enmarcar o alambicar mis retazos escriturales con una receta que pueda inmovilizar mi pluma o signarla en alguna categoría literaria. Puedo tratar de definir lo que hago como un calidoscopio oscilante, donde caben todos los géneros o subgéneros que posibiliten una estrategia de escritura, así la biografía, la carta, el testimonio, la canción popular, la oralidad, etc. Creo que escogí esta escritura por las distintas posibilidades que me ofrece o que puedo inventar, para decirlo en lenguaje travesti es como tener el ropero de Lady D. en el computador”¹³.

¹⁰ Lemebel, Pedro, “Entrevista a Pedro Lemebel: Géneros bastardos”, en *Textos profanos*, n° 1. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, noviembre de 1997, p. 2. *Textos profanos* es un pequeño boletín de la Editorial Cuarto Propio que da cuenta de algunas de las novedades publicadas por esta editorial y, aunque la entrevista no aparece firmada, el editor de dicho boletín es Marcelo Mellado. Junto a la entrevista figura también la crónica “Carmen Gloria Quintana (una página quemada en la Feria del Libro)” que, posteriormente, Pedro Lemebel recogerá en *De perlas y cicatrices*, pp. 88-89.

¹¹ Lemebel, Pedro, “A modo de presentación”, en *De perlas y cicatrices*, op. cit., p. 6.

¹² Vid., a propósito, nuestro trabajo “Crónica y fin de siglo en Hispanoamérica (Del siglo XIX al XXI)”, en *Revista Chilena de Literatura*, n° 59, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Literatura, Universidad de Chile, Santiago de Chile, noviembre 2001, pp. 13-39.

¹³ Lemebel, Pedro, “Cronista y malabarista... (Entrevista a Pedro Lemebel)”, en *Revista Cyber Humanitatis*, n° 20, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago de Chile, verano de 2002. <http://www.uchile.cl/facultades/filosofia/publicaciones/cyber/cyber20/entrev2.html> (consultado el 31-10-2003). Esta entrevista, realizada por Ángeles Mateo del Pino, ha sido recogida, con una introducción, en *Revista Canaria de Literatura, La Plazuela de las letras*, n° 3, segunda época, Cabildo de Gran Canaria. Área de Cultura, Las Palmas de Gran Canaria, junio de 2003, pp. 70-72. En este número se incluyen también la crónica “El último beso de Loba Lamar (Crespones de seda en mi despedida... por favor)” y “Manifiesto (Hablo por mi diferencia)”, pp. 13-15 y 52-54. Ambos textos pertenecen al libro *Loco afán. Crónicas de Sidario*, LOM Ediciones (Col. Entre Mares), Santiago de Chile, 1996 (1ª ed.).

En lo que concierne precisamente a la estrategia de escritura, nos parece particularmente interesante detenernos a analizar la reivindicación de la oralidad que se hace patente en *De perlas y cicatrices*, máxime cuando esta obra se nos presenta como una selección de textos que volaron en el espacio “Cancionero”, de la emisora Radio Tierra: “un micro programa de diez minutos, dos veces al día, de lunes a viernes, donde este puñado de crónicas se hicieron públicas en el goteo oral de su musicalizado relato”¹⁴, tal como nos informa Pedro Lemebel a modo de presentación. Cabría pensar que estas crónicas radiales, al verse transformadas en *documentación letrada*, pudieran perder ese *espectro melódico*, ese sonido ambiental que, como *discoteca memorial*, las acompañó siempre en su aéreo transitar. Sin embargo, he ahí uno de los grandes aciertos estilísticos, Pedro Lemebel consigue que la melodía se deje oír a través de las líneas. Así, cada crónica tiene una música propia que se aviene bien con el ritmo de lo que cuenta. Al compás de boleros, vales peruanos y vieneses, twist, rock and roll, baladas pop, cumbias, mambos, marchas militares, cuecas... se nos va reconstruyendo también la memoria musical de un país y de unas épocas. De esta forma, por las páginas de *De perlas y cicatrices* desfilan cantantes y grupos que alguna vez formaron parte del mismo entramado social, y que ahora, actualizados como telón de fondo, se convierten en el recuerdo sonoro que nos regala Pedro Lemebel. Testimonio musical que nos devuelve a Lucho Barrios, Lorenzo Valderrama, Palmenia Pizarro, Zalo Reyes –“el Gorrion de Conchal”–, Miriam Hernández, Fresia Soto, Raúl Show Moreno, Los Prisioneros, Dean Reed –Din Rin–, Joan Manuel Serrat..., aunque también adivinamos el susurro de Pat Henry, la Simonetti, la Maldonado, el Zabaleta, los Quincheros, la Nueva Ola –Sergio Inostroza–, el neo folclore –Víctor, el Quila, Rolando–, Los Tres, Los Profetas, Frenéticos, Paquita la del Barrio, Chavela Vargas... y tantos otros cuyos ecos, al parecer, resuenan desde lejos.

Pero son también “melodía” o letra musical esos epígrafes bajo los cuales Pedro Lemebel agrupa sus textos. Como si de un bolero se tratase, ritmo pausado y lastimero, este autor nos ofrece títulos tan evocadores como “Sombrio fosforecer”, “Dulce veleidad”, “De misses top, reinas lagartijas y otras acuarelas”, “Sufro al pensar”, “Relicario”, “Río rebelde”, “Quiltra lunera”, “Relamido frenesí”, “Soberbia calamidad, verde perejil”. Imágenes tras las que se enmarcan una serie de crónicas que se vertebran como pulsión y punzada, visión detenida, *voyeurista*, sobre un pasado que justifica el presente. Espacio, tiempo y personajes serán los pretextos para armar ese Texto –con mayúscula– en que deviene el Chile Actual.

Entonces, resulta curioso comprobar cómo, en el transcurso de este armado, el propio proceso creativo va ordenando e imponiendo otras miradas. Si recurrimos, una vez más, a esa etapa en que estas crónicas se estaban configurando como libro, observamos que el proyecto inicial de Pedro Lemebel pretendía abarcar tres partes o series delimitadas por los enunciados de “Perlas”, “Cicatrices” y “Paisaje”:

¹⁴ Lemebel, Pedro, “A modo de presentación”, en *op. cit.*, p. 5.

“Perlas, que se refiere a personajes que tuvieron un protagonismo en la dictadura y que ahora han pasado piola al tablado democrático o que se hacen los lesos; y de Cicatrices que sería la contraparte, de personajes que tuvieron un protagonismo trágico en la dictadura y que han sido olvidados. [...] La última parte se llama Paisaje, donde hago un recorrido por las comunas de Santiago. Por las comunas inventadas como la Florida, donde todas tienen perros doberman que se ven como elefantes en pequeños jardincitos. En la Florida es como ser rico, pero en miniatura. Ñuñoa es la comuna del idealismo, todos íbamos a ser príncipes, revolucionarios, hippies. La comuna de la utopía. Aquí hay un poquito de nostalgia”¹⁵.

Ahora bien, una vez fijado el texto, esto es cuando adquiere cuerpo y rostro bajo el formato libro, apreciamos que esas “cerca de 50 crónicas muy cortas”, a las que se apuntaba en un principio¹⁶, se han incrementado hasta constituir un total de 71. Sin olvidar que a este recuento debemos sumarle, igualmente, las crónicas fotográficas –un total de 13 fotos de personajes y acontecimientos de muy variada índole– que, a manera de “reliquias”, se constituyen en memoria visual, restos de épocas o sucesos pasados. No en vano figuran recogidas con el epígrafe “Relicario”, foto-estuches que guardan intacto el recuerdo de algo o alguien, sin duda, contrapunto o melodía añadida a la escritura. De esta forma, “Perlas”, “Cicatrices” y “Paisaje” se amplían para incorporar retratos y atmósferas, hasta componer las nueve partes señaladas anteriormente. Así, como si de un rosario se tratase, esas series de crónicas o apartados sirven para conmemorar algunos de los tantos “misterios” dolorosos. El conjunto de todos ellos convierte a *De perlas y cicatrices* en una letanía, una invocación a la memoria.

Pero retomemos de nuevo la oralidad, pues nos interesa resaltar que, en el caso de Pedro Lemebel, ésta implica también el propio disfrute de la palabra. Más allá de que sus crónicas cumplan un cometido instrumental, éste es el de atentar contra el olvido, consiguen transmitir una emoción poética. A la par que se cuenta la reciente historia chilena, asistimos al deleite mismo del texto, al sabor de cada término, su ritmo, su sonido, buscando que éstos se avengan bien con lo relatado. Esa espontánea naturalidad de la narración y del que habla convierten a esta obra en el atinado ejercicio escrito de una oralidad que aprovecha el localismo, la jerga y los dichos populares para no perder nunca su carácter de coloquio, diálogo o conversación.

De esta manera, podemos afirmar que Pedro Lemebel escribe de oídas, pues sus personajes se expresan siempre tal cual son. Al reproducir el habla consigue también ampliar la información que se nos ofrece, pues no solo interesa lo que se dice sino el cómo se dice que actúa como rasgo o distintivo social:

“De encontrarse en oscuridad de telarañas con un chico por ahí. De saber que éramos dos extraños en una ciudad donde todos somos extraños, a esa hora, cuando cae

¹⁵ Lemebel, Pedro, “Entrevista a Pedro Lemebel: Géneros bastardos”, en *Textos profanos*, ibidem.

¹⁶ Lemebel, Pedro, ibidem.

el telón enlutado de la medianoche santiaguina. Y cada calle, cada rincón, cada esquina, cada sombra, nos parece un animal enroscado acechando. Porque esta urbe se ha vuelto tan peluda, tan peligrosa, que hasta la respiración de las calles tiene ecos de asalto y filos de navaja. [...] Pero el chico, que es apenas un jovencuelo de ojos mosquitos, me detiene, me chanta con un: yo te conozco, yo sé que te conozco. Tú hablaí en la radio. ¿No es cierto? Bueno sí, le digo respirando hondo ya más calmado. ¿Teníai miedo?, me pregunta. Un poco, me atreví a contestar. A esta hora es muy tarde y uno no sabe. No te equivocaste, dijo soltando la risa púber que iluminó de perlas el pánico de ese momento. Yo te iba a colgar, loco, agregé sonriendo. Mostrándome una hoja de acero que me congeló el alma colipata. Te iba a hacer de cogote, pero cuando te oí hablar me acordé de la radio, caché que era la misma voz que oíamos en Canadá. Pero la Radio Tierra es onda corta y no se escucha tan lejos. ¿Estuviste afuera? No, ni cagando, yo te digo en cana, en la cárcel, en la peni, tres años y salí hace poco. Me acuerdo que a las ocho, cuando dan tu programa, adentro jugábamos a las cartas, porque no hay na' que hacer. ¿Cachai? La única entretención a esa hora era quedarnos callados pa' escuchar tus historias. Habían algunas re buenas y otras no tanto porque te ibai al chanco, como esa de fútbol o la de Don Francisco. Ahí nos daba bronca y apagábamos la radio y nos quedábamos dormidos. Pero al otro día, no faltaba el loco que se acordaba y ahí estábamos de nuevo escuchando esa canción. ¿"Invítame a pecar", se llama? La única vez que no pudimos escuchar, fue cuando un loco agarró a patás la radio porque estaba hablando el ministro de justicia, y pasamos como un mes con la radio mala, hasta que la mandamos a arreglar al taller de electricidad. A veces alguien estaba preparando comida y hacía sonar las ollas y lo hacíamos callar para oír bien, porque tu radio se escucha pa' la goma. Otras veces se escuchaba clarita, pero los otros presos andaban amargados pateando la perra porque les habían negado el indulto, porque no tenían visitas, porque el abogado les pedía más plata, o porque los gendarmes gueviaban tanto. Ahí, antes que estallara la mocha, yo agarraba la radio cassette y la ponía bien bajito debajo de las frazadas pa' escucharte"¹⁷.

Esta oralidad deviene también *copucha*¹⁸, *pelambre*¹⁹, *chamullo*²⁰, ritmo trepidante que impone el boca a boca; rezongo del que habla y del que escucha. De esta forma nos enteramos de esas otras historias veladas, lácticas, que se vertebran bajo otros discursos, el de "yo no sabía", "no supe", "nunca me dijeron"... Tal vez un *logos* menos incómodo,

¹⁷ Lemebel, Pedro, "Solos en la madrugada (o "el pequeño delincuente que soñaba ser feliz")", pp. 147-148.

¹⁸ **Copucha.** Información o noticia que se propala en forma exagerada y maliciosa con el propósito de producir expectación // Divulgación de algo que se mantiene en reserva hasta ese momento. *Vid., Diccionario del habla chilena.* Academia Chilena, Instituto de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1978, p. 81.

¹⁹ **Pelambre.** Murmuración // Crítica mal intencionada. *Vid., Diccionario del habla chilena, op. cit., p. 165.*

²⁰ **Chamullo.** Enredo, mentira // Expresión confusa e incomprensible. *Vid., Diccionario del habla chilena, op. cit., p. 86.*

quizá el que afecta menos a las conciencias, porque de lo contrario, es decir el abierto reconocimiento de que se estaba enterado, convertiría al que lo dice en cómplice del horror. A este respecto podríamos señalar algunas crónicas, pero nos resulta oportuno, por lo elocuente, citar aquí la relativa a Mariana Callejas o “el Centro Cultural de la Dina”. Una “diva escritora”, “una promesa del cuento en las letras nacionales”, que convocaba en su casa a la clase cultural durante los años de la dictadura:

“Es posible creer que mucho de estos invitados no sabían realmente dónde estaban, aunque casi todo el país conocía el aleteo buitre de los autos sin patente. Esos taxis de la Dina que recogían pasajeros en el toque de queda. Todo Chile sabía y callaba, algo habían contado, por allí se había dicho, alguna copucha de cóctel, algún chisme de pintor censurado. Todo el mundo veía y prefería no mirar, no saber, no escuchar esos horrores que se filtraban por la prensa extranjera. Esos cuarteles tapizados de enchufes y ganchos sanguinolentos, esas fosas de cuerpos retorcidos. Era demasiado terrible para creerlo. En este país tan culto de escritores y poetas no ocurren esas cosas, pura literatura tremendista, pura propaganda marxista para desprestigiar al gobierno, decía Mariana subiendo el volumen de la música para acallar los gemidos estrangulados que se filtraban desde el jardín”²¹.

Posteriormente, la historia de Mariana Callejas deviene otra y, tras el caso de Letelier en Washington, se convierte en *yeta*²² cultural. Sin embargo, hay quienes prefieren referirse a este personaje de manera “aséptica”, sin entrar en más consideraciones: “la autora ha sufrido reveses por razones políticas y se considera una exiliada en su país, pues piensa que se le cerraron las puertas tanto en la vida social como en el trabajo, a raíz del caso Letelier. No obstante ha continuado con su labor creativa”²³.

Así, Pedro Lemebel lleva a cabo una reconstrucción de esos otros discursos. El del silencio, que a veces actúa como castigo social que se ciernen sobre alguien que destaca en su medio²⁴. O bien, el de los que no quieren saber y miran hacia otro lado, y encuentran en los concursos de belleza²⁵, en la televisión²⁶ o en la música²⁷, una forma de escapismo, “hipnosis” o anestesia para épocas de conflictos. Discursos para un

²¹ Lemebel, Pedro, “Las orquídeas negras de Mariana Callejas (o ‘el Centro Cultural de la Dina’)”, p. 14.

²² *Yeta*. Lunf. Influjo maléfico // Suerte adversa. Del ital. merid. *jettadura*. Influjo maléfico (incorporado ya al ital. general). Vid., GOBELLO, José, *Diccionario lunfardo*, Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1982 (4ª ed.), p. 230.

²³ Vera Lamperein, Lina, “Capítulo IV. Literatura femenina actual (1970-1990)”, en *Presencia femenina en la literatura nacional. Una trayectoria apasionante 1750-1991*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1994, p. 191.

²⁴ Lemebel, Pedro, “La leva (o ‘la noche fatal para una chica de la moda’), pp. 36-38.

²⁵ Lemebel, Pedro, “La Quintrala de Cumpeo (o ‘Raquel, la soberbia hecha mujer’), pp. 48-50.

²⁶ Lemebel, Pedro, “Don Francisco (o ‘la virgen obesa de la TV’), pp. 51-53.

²⁷ Lemebel, Pedro, “El romance musical de los sesenta (o ‘los dientes postizos de la Nueva Ola’), pp. 54-55.

Chile que, de muy diversas maneras, como tantos otros, prefiere “sumar las memorias al tranvía amnésico de la renovación”²⁸.

Sin embargo, la fluidez de estas crónicas no solo viene dada por aquella sensibilidad que manifiesta con las palabras, o por ese escribir lo coloquial sin limitarlo, sino también por el acertado ejercicio del humor. El humor será uno de los ingredientes principales de estos textos, pues Pedro Lemebel se vale de él para descubrir o mostrar lo que hay de cómico o ridículo en las cosas, en los hechos y en las personas. De esta forma, la intolerancia, la ingenuidad o la malicia se resuelven siempre echando mano de la sonrisa, la ironía y el sarcasmo. Escritura apasionada, rabiosa, salpicada a veces de humor negro y siempre una burla paródica.

“La agenda de Maggy correteando de bolsa en mercado fue vertiginosa, por eso la agitación le causó el desmayo; aunque versiones surrealistas lo atribuyen a un posible embarazo como premio divino por sus servicios en la cruzada anti marxista. Contra la prole izquierdilla que ella no se cansa de fustigar. Aunque bajo este cielo azulado (derecho), los puños en alto se derritieron al encanto de la demografía.”

La vieja amazona england ya no tiene contrincantes, pero aún la sombra roja nubla su nirvana derechista, la hace tambalear en los tacos que le prestó Lady D. para visitar al Capitán General, que tanto admira los cojones bajo las faldas. Por eso el nevado dictador le pidió que posaran parodiando el afiche de “Lo que el viento se llevó”. Después le regaló una medalla de la Virgen del Carmen y prometió nombrarla la segunda Patrona del Ejército”²⁹.

“Redondeado por el sopor de la tarde sabatina, el mito burlón de Don Francisco recrea el lánguido fin de semana [...] Con increíble habilidad, impuso su figura regordeta, anti televisiva, en un medio visual que privilegia el cuerpo diet. Contrabandeando payasadas y traiciones ladinas del humor popular, nos acostumbró a relacionar la tarde ociosa del sábado con su timbre de tony, con su cara enorme y su carcajada fome, que sin embargo hizo reír a varias generaciones en los peores momentos. [...] Y por más de veinte años vimos brillar la sopaipilla burlesca de su bufonada, y Chile se vio representada en el San Francisco de la pantalla, la mano milagrosa que regalaba autos y televisores como si les tirara migas a las palomas. Manejando la felicidad consumista del pueblo, el santo de la tele hacia mofa de la audiencia pulguenta [...] No basta la imagen del animador, como virgen obesa con la guagua parapléjica en los brazos, haciéndole propaganda a la empresa privada con un problema de salud y rehabilitación que le pertenece al Estado. [...] El sagrado Don Francisco, el hombre puro sentimiento, puro ‘chicharrón de corazón’, el apóstol televisivo cuya única ideología es la chilenidad, y su norte, la picardía cruel y la risotada criolla que patentó como humor nacional. [...] Don Francisco

²⁸ Lemebel, Pedro, “La sinfonía chillona de las candidaturas (o “todos alguna vez fuimos jóvenes idealistas”), p. 208.

²⁹ Lemebel, Pedro, “La visita de la Thatcher (o “el vahido de la vieja dama”), p. 20.

equivale a la cordillera para los millones de telespectadores del continente que lo siguen, lo aman, le creen como a la virgen, y ven en la boca chistosa del gordo una propaganda optimista de país. Más bien, una larga carcajada neoliberal que limita en una mueca triste llamada Chile”³⁰.

Todo lo anteriormente señalado contribuye a la maestría de una obra que logra abor- dar sin tapujos el pasado-presente, denunciando para ello todo tipo de marginaciones sufridas –ideológicas, sociales y sexuales. Nos enfrentamos así, de lleno, a esa *otra* historia, en la que se rechaza por ser diferente, en donde los personajes navegan de naufragio en naufragio, en donde lo distinto es el lugar a donde van a parar todos los odios. Por este motivo, Pedro Lemebel carga su pluma e insiste en ofrecernos *otra* cartografía de Chile, “ese otro mapa de lo real” que, parafraseando a Carlos Monsiváis, ni es opuesto ni complementario, sino que “surge del nuevo gran proyecto: la unidad de lo diverso”³¹.

En este sentido, queremos detenernos especialmente a comentar esa serie de crónicas que Pedro Lemebel recoge bajo la imagen de “Quiltra lunera”. No es en vano que nuestro escritor haya elegido como cita que abra esta serie un fragmento de la crónica del autor mexicano José Joaquín Blanco, “Ojos que da pánico soñar”³². Porque esta cita pone en evidencia la discriminación o marginación que, por parte del sistema intolerante, sufre el homosexual al que se percibe *diferente*. Doble *diferencia*, además, la de ser homosexual y homosexual en la miseria. Y si José Joaquín Blanco habla de los homosexuales de clase media, Pedro Lemebel elige conscientemente posar su mirada en esas “locas preciosísimas” de las que no se atreve a hablar el cronista mexicano:

“esos homosexuales de barrio, jodidos por el desempleo, el subsalario, la desnutrición, la insalubridad, la brutal explotación en que viven todos los que no pueden *comprar* garantía civil alguna; y que además son el blanco del rencor de su propia clase, que en ellos desfoga las agresiones que no puede dirigir contra los verdaderos culpables de la miseria”³³.

Y bajo el resplandor lunático Pedro Lemebel hace desfilar a aquellos que deambulan y tal vez naufragan en las calles santiaguinas. Quiltros³⁴, gentes y perros, confundidos

³⁰ Lemebel, Pedro, “Don Francisco (o “la virgen obesa de la TV””, pp. 51-53.

³¹ Monsiváis, Carlos, “Pedro Lemebel: el amargo, relamido y brillante frenesi”, en Lemebel, Pedro, *La esquina es mi corazón*. Santiago de Chile: Seix Barral (Col. Biblioteca breve), 2001. Esta obra, sin prólogo, fue publicada originalmente por la Editorial Cuarto Propio, Santiago de Chile, 1995 (1ª ed.; 1997, 2ª ed.).

³² La cita de José Joaquín Blanco pertenece a la crónica “Ojos que da pánico soñar”, dedicada a Carlos Monsiváis. Este texto se publicó en *Sábado*, el 17 de marzo de 1979, y luego en los *Cuadernos Magnus Hirschfeld*, pero se recoge también en *Función de medianoche*, Ensayos de literatura cotidiana. México D.F.: Ediciones Era, 1997 (7ª reimpresión; 1981 1ª ed.), p. 185.

³³ Blanco, José Joaquín, “Ojos que da pánico soñar”, en *Función de medianoche*, *ibidem*.

³⁴ **Quiltro** (voz mapuche) Perro ordinario // Dícese del individuo despreciable y de ninguna importancia. *Vid., Diccionario del habla chilena, op. cit., p. 192.*

en una misma (des)consideración social: locos, *locas*, delincuentes, rotos, travestis... Seres a los que se desprecia por *distintos*, distinguidos por “carecer de importancia”:

“De verlo continuamente cruzar la ciudad con su indumentaria de travesti doméstico, con su figura lunfarda, de mendiga, vieja bruja, señora tirilluda que detiene el tránsito con su espejismo teatral para la sorpresa de la gente. La loca del carrito no tiene destino en su paseo lunático que arrastra por las calles sin ver a nadie, sin percatarse de las risas burlescas que deshilachan aún más su falda de franeta a cuadros, el trapo poblador que, sin pretensión, le cubre sus huesudas rodillas de pajarraco artrítico, rumbeando la tarde a bordo de su poética trasgresión. [...] La loca del carrito conduce su bote de supermercado coleccionando mugres que Santiago desecha en su flamante modernidad. Por ahí agarra una muñeca manca y la arropa con ternura subiéndola a su barca rodante. Por acá se enamora de un trapo desflecado que lo rescata para cubrirse la cabeza. Y así, con el trapito anudado en su barbilla sin afeitar, como una abuela sureña o una extraña Madre de Plaza de Mayo, desaparece en el fragor del tráfico, dejando su alucinado delirio como una estampa irreal que se esfuma en el traqueteo neura del centro”³⁵.

Con todo, las crónicas de Pedro Lemebel nos obligan a recorrer la ciudad de Santiago, para de esta forma no solo dar cuenta de su paisanaje sino también de su paisaje. Se configura así una urbe “extraña”, “contradictoria” y “cambiante”, como mucho tiempo atrás también la percibiera Benjamín Subercaseaux, quien, de igual manera, había señalado que esta “ciudad se defiende para que no sepan lo que es” y, concluye, “tenemos todavía el corazón duro, la memoria frágil, y la vista clavada en el mañana, sin pensar en otra cosa que en nuestro propio yo”³⁶.

Por eso, Pedro Lemebel reconstruye un Santiago que va más allá del hábito y la visión “turística” a la que otros nos tienen acostumbrados. Y en su transitar por calles, barrios y comunas nos devuelve la imagen especular de dos ciudades. Una, la del Barrio Alto, la del Chile rico al que todo le ha ido bien en la vida. Villas y condominios con un patio particular que no se moja como los demás. Casas con jardincitos y perros guardianes que visitan al veterinario y se alimentan con pienso importado. Así, de la mano de nuestro cronista viajamos por Alameda, Providencia, Apoquindo, Las Condes hasta llegar a las alturas, El Arrayán, la comuna de los naturalistas, de los hippies que han sabido amoldarse a estos nuevos tiempos de liberalismo económico sin perder la pose de yoga ni la meditación trascendental.

Pero hay otro Santiago, el de los barrios bajos, ese otro Chile que sabe de inundaciones, de fríos y de carencias de todo tipo. Es el Chile pobre, el de las poblas, cuyo fluir marcha parejo con las aguas del Mapocho. Un río “más pocho”, que no es chicha ni limoná, aunque algunos traten de recuperarlo para hacer de Santiago una nueva

³⁵ Lemebel, Pedro, “La loca del carrito (o “el trazo casual de un peregrino frenesi”), p. 145.

³⁶ Subercaseaux, Benjamín, “El país de la montaña nevada. II Donde Santiago de defiende para que no sepan lo que es”, en *Chile o una loca geografía*, op. cit., pp. 87-91.

Venecia. Así, de manera sinuosa, serpentina, río abajo, río arriba, llegamos a estas orillas donde van a parar todos los desperdicios humanos. A lo lejos resuena la canción de Víctor Jara:

“En el río Mapocho
mueren los gatos,
y en medio del agua
tiran los sacos.
Pero en las poblaciones,
con la tormenta,
hombres, perros y gatos
es la misma fiesta”³⁷.

Por esto último resulta curioso, entonces, que cuando se habla del panorama literario del Chile de hoy aún se excluya el quehacer creativo de Pedro Lemebel. Esto es lo que ocurre en una obra reciente que, por su difusión y su intencionalidad, la de abordar la literatura del Chile actual, debiera hacer hincapié en la obra de nuestro autor, sin duda el máximo exponente del género cronístico en este país. Así, Darío Oses, al reflexionar acerca de los escritores integrados y los apocalípticos, entendiendo por tales aquellos que forman parte o no de los circuitos de edición y distribución, califica de escritor maldito a Pedro Lemebel y, a continuación, advierte que “la nueva narrativa chilena —más allá o más acá de sus méritos literarios— da cuenta sólo de una parte de la realidad del país. Y excluye un territorio enorme. [...] La vida de las poblaciones actuales se asoma apenas en las crónicas de Pedro Lemebel”³⁸.

No resulta difícil, por tanto, desdejar esta aseveración, a la luz de lo expuesto más arriba. Porque no es que Pedro Lemebel nos *asome* a las poblaciones, sino que nos coloca en el centro de ellas, para que desde ahí podamos discernir las luces y sombras de una ciudad cambiante que lo devora todo.

Y vuelvo al principio y retomo el tango “La última curda” para jugar con él y concluir que Pedro Lemebel ciertamente lastima el corazón con *De perlas y cicatrices*, su ronca maldición maleva que nos obliga a recordar. Porque es verdad, la vida es una herida absurda, y es todo, todo, tan fugaz... Y por eso nos habla de aquella otra historia ausente como un retazo del olvido... y nos hace daño y nos lastima... pues termina la función ¡descorriéndole un telón al corazón! Pero antes de cerrar el ventanal que quema el sol su lento caracol de sueño, debemos afirmar que aunque Pedro Lemebel venga de un país que está de olvido, él, desde luego, no lo está.

³⁷ Jara, Víctor, “En el río Mapocho”, de su álbum *La población*, 1972. Vid. www.angelfire.com/sd/par/mapocho.html (consultado el 31-10-2003).

³⁸ Oses, Darío, “Nueva narrativa: ¿entre la insurrección y la línea de montaje?”, en Kohut, Karl y Morales Saravia, José (eds.), *Literatura chilena hoy. La difícil transición*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert Verlag, 2002, pp. 225 y 228. Actas del Simposio, “Literatura chilena hoy. La difícil transición”, celebrado del 24 al 27 de febrero de 1999.

Si pudiera oírse ahora una melodía de fondo elegiría, para terminar, un vals peruano en la voz de Palmenia Pizarro. Así quedarían sonando en el aire esas palabras que muy bien podrían servir como broche a *De perlas y cicatrices*: “Odio quiero más que indiferencia, porque el rencor hierde menos que el olvido”³⁹.

³⁹ Vals peruano conocido como “Ódiame por piedad”. Letra basada en el poema “Último ruego”, del escitor peruano Federico Barreto. Música de Rafael Otero López.